

CAPÍTULO XVI

Esmero que ponía en corregir los defectos de los Hermanos y en formarlos en la virtud

El amor que el Padre Champagnat profesaba a sus hijos lo basaba ante todo en corregirlos de sus defectos y formarlos en la práctica de la virtud. Poseía un profundo conocimiento del corazón humano y sabía que el hombre, como consecuencia de su origen, se halla sometido a toda clase de defectos y lleva en sí el germen de todos los vicios. Por eso no se sorprendía cuando veía cometer faltas, y decía con frecuencia: “Es natural que el hombre caiga; si Dios nos retirase su gracia y nos abandonase a nosotros mismos, seríamos capaces de cometer toda clase de crímenes.”

Como las llagas del enfermo provocan la compasión de un buen médico, las miserias de los Hermanos le afectaban, pero no lo irritaban nunca. Se le vio reprender, a veces, a algunos Hermanos con energía, pero nunca se enfadaba con los culpables, ni les hablaba airadamente.

No le agradaba que se empezara la corrección echando en cara la falta. Por su parte, trataba de insinuarse primero en el ánimo del culpable, ganarse su corazón y hacerle reconocer su falta. Luego le sugería con mucho afecto los medios oportunos para enmendarse.

Casi siempre aplicaba la corrección en forma de avisos, diciendo con sencillez, llaneza y bondad lo que convenía hacer o evitar. Cuando no bastaba esta primera advertencia, se conformaba con repetirla sin manifestar impaciencia.

Cierto Hermano Director recibió mal una amonestación que le había dado con suavidad exquisita. El Padre le escribió después: “Querido amigo, si desea que siga advirtiéndole de sus defectos, no debe molestarse de ese modo; pues no lograremos que se corrija irritándonos ambos, sino procediendo con humildad, paciencia y caridad.”¹

Aborrecía sobremanera los caracteres descontentos, y nunca se le vio caer en ese defecto. Una vez hecha la corrección, olvidaba la falta; y si se la recordaban, contestaba: “Está bien, está bien, querido amigo, yo ya olvidé su falta; procure usted no pensar más en ella y portarse mejor en lo sucesivo.”

Si sorprendía a uno *in fraganti*, se contentaba con mirarle seriamente o reprochárselo con pocas palabras. Un día entró en la cocina y encontró al cocinero subido al horno contando chistes a otros Hermanos. Por toda reprensión, le dijo: “¡Vaya proceder edificante para un Hermano que debería dar ejemplo!” Esta escueta reprensión –decía más tarde el interesado– me cayó como un rayo, y me causó mayor impresión que si me hubiera sermoneado durante media hora, y bastó para corregirme de la disipación, defecto al que, por carácter, me hallaba muy propenso.

Un día, un Hermano joven dotado de excelentes cualidades, pero un tanto atolondrado, dio con el Padre al pie de la escalera, y, tomándolo por otro Hermano, saltó sobre él a horcajadas y le dijo: “Calle y súbame hasta el primer piso.” Efectivamente, nada dijo el Padre, y el Hermano² nada sospechó hasta verlo ir a su despacho y entrar en él. Abochornado por su ligereza, supuso que aquello le costaría una penitencia rigurosa.

El Padre lo dejó dos o tres días en la zozobra e inquietud, y luego lo mandó llamar. Al verlo muy avergonzado y con los ojos bajos, le dijo con voz seria pero paternal: “¿Cuándo dejará de ser un niño? ¿Ha venido a esta casa a distraer a los Hermanos y meter desorden? Ande, tiene un año para corregirse; esmérese en luchar contra ese defecto si quiere que olvide sus niñerías; de otro modo, le advierto que me la tendrá que pagar.”

A otro al que sorprendió en falta, se conformó con decirle:

– Me la debe usted.

- Sí, Padre -le respondió el Hermano-, pero le aseguro que no tendré que pagársela.

- Eso es lo que quiero -repuso el Padre-; cumpla su palabra.

Para interpretar correctamente este hecho, se necesita saber que el buen Padre tenía por costumbre perdonar las dos primeras veces que sorprendía a alguien en una falta, y castigar sólo a la tercera. He ahí la explicación de aquella expresión habitual en él: “La primera, la perdono; la segunda, me la debe; y la tercera, me la paga.”

Por tanto, el Hermano a quien dijo “me la debe” era ya la segunda falta que cometía; y, al decir que no pensaba pagarla, se comprometía a no reincidir.

Aun en las reprensiones más duras y cuando se mostraba más severo, era siempre bondadoso y compasivo. Después de haber hecho reconocer al culpable sus faltas, lo animaba, le recordaba incluso sus cualidades, indicándole cómo podía desarrollarlas para corregir sus defectos.

“El hombre es tan débil -decía- que es peligroso hacerle ver solamente sus debilidades y aspectos negativos. Para animarlo a luchar contra sus malas inclinaciones, hay que hablarle también de las aptitudes propias con que le ha dotado la Providencia, indicarles la forma de perfeccionarlas y hacerle comprender que con ellas puede corregir sus defectos.”

Ponía también sumo cuidado en medir las circunstancias atenuantes o agravantes de la falta: momento, edad, carácter, etc. Normalmente solía ser muy benévolo con los jóvenes si advertía en ellos sentimientos nobles y muestras de buena voluntad.

A un Hermano Director³ que exageraba un tanto los defectos de sus súbditos, le respondió: “Quien sólo ve defectos en el prójimo, no posee el espíritu de Jesucristo. Para ser ecuánime, hay que tener en cuenta las virtudes y la parte positiva de cada uno. ¿No es admirable y consolador ver casi trescientos⁴ jóvenes que pasan años enteros sin desviarse de su deber y sin incurrir, al menos ostensiblemente, en faltas graves? Es normal que entre tantos Hermanos haya alguno cuya conducta podría mejorar, pero si esos Hermanos son imperfectos, si cometen faltas en la vida religiosa, donde se encuentran protegidos de tantos peligros, muchas más cometerían en el mundo. No seamos, pues, demasiado exigentes. Seamos tolerantes con la debilidad humana, y no exijamos a esos jóvenes, llevados por un celo exagerado, una perfección impropia de su edad.”

* * *

Otro Hermano Director le manifestaba el dolor que sentía al ver la falta de piedad de los Hermanos de su comunidad. Aprovechó la ocasión para hacer esta observación pública a todos los Hermanos Directores:

“Queridos Hermanos, no os extrañéis de que Hermanos de quince a veinte años no sientan en los ejercicios de piedad el fervor y la devoción que experimentáis vosotros. Se hallan en la edad más crítica de la vida; en el momento en que despiertan las pasiones y declaran al hombre una lucha cruel que sólo acaba con la muerte. En esos años, el alma, seducida por el atractivo de los placeres sensuales, abrumada por sus debilidades y fatigada por los esfuerzos que tiene que realizar, no siente gusto por nada. Las cosas más santas la dejan indiferente y las verdades esenciales apenas logran sacarla de su letargo y frenar sus malas inclinaciones. Todos los hombres tienen que pagar un triste tributo a esa edad; e incluso los naturalmente buenos y piadosos suelen sentir poco atractivo por las gracias y la oración. Por eso, en vez de quejaros del poco fervor y devoción de quienes pasan por esta etapa de la vida, debéis tenerles compasión, orar por ellos, tratarlos con bondad y animarlos. Pero no se os ocurra, de ningún modo, regañarlos o maltratarlos con una severidad exagerada: podrías hacer que abandonasen el camino de la virtud y emprendieran el del vicio que tanto los atrae, o que llegaran incluso a perder su vocación.

Para afianzar a tales Hermanos, para ayudarlos a atravesar sin riesgo estos años difíciles y conservarlos en el Instituto, son indispensables cuatro cosas:

1. *Hacer que recen.* Me diréis: Eso es precisamente lo que ellos no quieren y el motivo de nuestra queja. Os respondo: El mero hecho de que la oración les aburra o no sientan interés ni inclinación por ella, demuestra que les es imprescindible. Intentad, por todos los medios que os sugiera vuestro celo ingenioso, que practiquen con asiduidad este santo ejercicio. Dadles consejos oportunos, animadlos a leer libros que les inspiren gusto por la oración y aprecio por su santo estado. Pedidles a menudo cuenta de cómo hacen la meditación, invítadles a que hagan alguna novena a la Santísima Virgen para pedirle el don de la oración, y, sobre todo, procurad que cumplan exactamente los ejercicios de piedad prescritos por la Regla.

2. *Mantenerlos siempre ocupados.* La ociosidad es para todos un grave riesgo; pero para los jóvenes es causa segura de tentaciones y pecados. Por eso, un Hermano Director que logre que se guarde silencio, que fomente el estudio, según lo establece la Regla, que exija que cada cual desempeñe su empleo con esmero y abnegación, consigue evitar diariamente multitud de faltas, preserva a los Hermanos de infinidad de peligros y tentaciones, y les presta un servicio excelente.

3. *Animarlos.* A cualquier edad necesita el hombre ser animado y estimulado. Pero esa ayuda es imprescindible a los jóvenes, porque carecen de experiencia y al menor dificultad los paraliza y hace desistir de sus buenos propósitos. Como no tienen una personalidad definida y están dotados de una gran imaginación, fácilmente se dejan convencer y arrastrar por los impulsos. Si son educados correctamente, si se los aconseja como es debido y se los alienta, emprenden la senda de la virtud y caminan por ella con paso decidido. Pero si se los abandona a sí mismos o, peor aún, si se comete la torpeza de darles a entender que la virtud es difícil, que no valen, que carecen de aptitudes para cumplir su empleo o para seguir su vocación, es suficiente para que se desanimen, lo echen todo a rodar y sigan ciegamente el camino del vicio.

4. *Conseguir que observen la Regla.* La observancia de la Regla proporciona gracias abundantes y aleja de graves riesgos. Las pequeñas victorias que un Hermano haga sobre sí mismo para ser fiel a la Regla, lo preparan para los grandes combates y para los actos de virtud heroica, pues según el oráculo del Espíritu Santo, *quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho*⁵. El que, por el contrario, quebranta la Regla y sigue habitualmente el propio capricho, se mostrará débil en las circunstancias decisivas y sucumbirá con facilidad a la tentación. A cuántos Hermanos he oído decir: No puedo resistir a las tentaciones cuando falto a la Regla. He sido desdichado, he sido vencido porque falto a la regla; porque no soy puntual a la hora de levantarme, no hago los ejercicios de piedad en el momento indicado. ¡Qué responsabilidad la del Hermano Director que descuida la Regla! Las faltas ligeras que considera como minucias, pueden resultar causa de graves caídas de las que tendrá que rendir cuentas a Dios. Los Hermanos Directores que poseen auténtico espíritu de su estado entienden lo que estoy diciendo; toman las medidas que acabo de señalar y tienen el consuelo de ser útiles a los Hermanos jóvenes, de mantenerlos en la piedad y conservarlos en su vocación.”

* * *

Pero lo más admirable del Padre Champagnat es que era tan firme como compasivo. Una firmeza y compasión que más que afecto de su temperamento eran fruto de la gracia y de las virtudes adquiridas.

Era bondadoso y compasivo, porque estaba lleno del espíritu de Nuestro Señor. Y ese espíritu lo guiaba en todos sus actos y le comunicaba aquel carácter bondadoso y enérgico que le hacía merecer amor, respeto y temor a la vez.

Por lo demás, confesaba que de todos los deberes de un Superior, la corrección es el más difícil.

“Para cumplirlo debidamente –decía–, es preciso tener abnegación y evitar cuidadosamente los cuatro defectos siguientes: la costumbre de reñir, el enfado, los arrebatos y la debilidad de carácter o condescendencia fácil. Los cuatro tienen consecuencias funestas. *La costumbre de reñir* en un Hermano Director le enajena el aprecio de los Hermanos, provoca críticas y siembra infaliblemente el mal espíritu en la comunidad. En el Hermano encargado de una clase, este defecto sofoca la disciplina de la escuela, vuelve a los niños duros, mohínos y ariscos y provoca en ellos una oculta animosidad hacia el maestro y la escuela. *El silencio afectado y el enfado*, que son síntoma de debilidad, destruyen la autoridad y echan a perder el respeto y confianza debidos a los Superiores, hacen insolentes a los súbditos y los vuelven desafiantes. *Los arrebatos*, como las tormentas y el granizo, provocan el terror y obligan a los súbditos a adoptar actitudes de miedo y aprensión permanentes. *La debilidad de carácter* o condescendencia fácil tolera los abusos, induce a disculpar los defectos, abre la puerta a los desórdenes y hace al Superior responsable de todo el mal que de esta actitud se siga en una casa o en una clase.”

El piadoso Fundador poseía en grado eminente el espíritu de abnegación; por eso, sus advertencias y correcciones iban siempre envueltas de tino, firmeza, caridad y compasión.

Sin embargo, andaba con menos contemplaciones al tratarse de Hermanos antiguos o de quienes poseían virtud sólida. Perseguía sus defectos hasta en los últimos repliegues del amor propio. Si advertía que alguien se vanagloriaba de sus cualidades, lo humillaba públicamente o le encargaba de la cocina, de la clase de párvulos o de un empleo manual. Si veía que alguno aflojaba en el espíritu de oración y se enfrascaba demasiado en los libros, le prohibía todo estudio profano, obligándolo a limitarse a libros religiosos. Si observaba que un Hermano había conseguido grandes éxitos y era felicitado, lo trasladaba a otro lugar sin previo aviso.

Un Hermano Director vino al Hermitage a pasar el jueves. El Padre lo envió a trabajar a la huerta. Al cabo de un rato, como hacía frío y empezaba a nevar, el Hermano, sin pedir permiso, dejó el trabajo, se fue a las cuadras donde se puso a charlar con un Hermano joven. El Padre se enteró de la falta. A la hora del almuerzo, una vez hecha la bendición de la mesa, llamó al Hermano, le dio en público una severa reprensión y le mandó comer de rodillas en medio del refectorio. El bueno del Hermano recibió esta penitencia tan religiosamente y la cumplió con tanta humildad, modestia y sencillez, que un sacerdote secular, que acompañaba al Padre en la mesa, se quedó maravillado. Al regresar a su parroquia, contó el hecho a unos cuantos muchachos que se reunían con él los domingos. Quedaron tan edificadas, que dos de ellos decidieron entrar en el Instituto, donde llegaron a ser excelentes religiosos.

Cuando los defectos o faltas se debían a una actitud superficial, a criterios erróneos, o podían escandalizar a los Hermanos, se mostraba inflexible y, a veces, riguroso.

Un Hermano joven conservaba un apego excesivo a sus padres. El Padre se limitó primero a llamarle varias veces la atención con gran bondad para que evitase aquella tendencia. Pero cuando se enteró de que dicho Hermano, al ser enviado a sustituir a otro Hermano enfermo, había ido a ver a su madre sin permiso, lo mandó llamar y lo despidió.

Este modo de proceder pareció demasiado riguroso a un Hermano de edad. El Padre le contestó: “Un Hermano que ama a su padre o a su madre más que a la Regla y al deber, es un religioso sin consistencia. Esa clase de religiosos sobran entre nosotros; cuanto antes nos desprendamos de ellos, mejor.”

Un postulante hacía alarde de un atildamiento exagerado y, a pesar de las observaciones que el maestro de novicios le había hecho, seguía conservando ciertos modales mundanos. El Padre, después de haberle llamado la atención dos o tres veces, sin

resultado alguno, lo mandó llamar y le dijo: “Mañana mismo se vuelve con sus padres.” El postulante se resistía a retirarse. Entonces el Padre añadió: “Váyase y llévese sus modales mundanos, que aquí están de sobra.”

Un Hermano, so pretexto de viajar a menudo, por ser el encargado del caballo, había hecho cierta provisión de alimentos que guardaba en un bolso y probablemente iba consumiendo cuando salía de viaje. El Padre, que se enteró de esa falta, mandó llamarlo y lo despidió en el acto. Éstas son las palabras que pronunció en la sesión de consejo en que se trató el asunto de la expulsión: “Quien se esconde, no vive como los demás y se deja llevar de la sensualidad, no está hecho para vivir en comunidad; pues la vida religiosa exige rectitud, mortificación y aprecio a la vida común.”

No se conformaba el piadoso Fundador con corregir a los Hermanos de sus defectos. Trabajaba constantemente en ayudarles a progresar en la virtud, y su mayor preocupación consistía en que cada día fueran más piadosos, humildes, mortificados, desprendidos de las criaturas y de sus propios caprichos, y más fieles a la Regla.

Quería para ellos virtud sólida; por eso, en sus enseñanzas insistía continua y machaconamente en la humildad, la pobreza, la mortificación y demás virtudes que liberan al hombre de sí mismo y de los defectos que se ocultan en lo más profundo del alma: como el apego a la voluntad propia, la vanidad, la autosuficiencia, la pereza y todo lo que halaga a la naturaleza. Tenía un arte especial para descubrir y desenmascarar estos defectos e inspirar horror a los mismos.

Poseía también un don particular para inspirar amor a la virtud, para inducir a los jóvenes a desecharla y dirigir su voluntad a realizar generosos esfuerzos para adquirirla. Sabía que no todas las almas están llamadas a la misma perfección, que cada una tiene su camino propio, que el mejor modo de hacerlas progresar es colaborar con la gracia y esmerarse en guiarlas según el atractivo personal. Por ello exigía la perfección adecuada al grado de gracia y a las aptitudes que descubría en cada uno. Su método consistía en exigir poco al principio, llevar a la persona paso a paso por la senda de la perfección, pero sin pausas ni retrocesos: “¡Despacito! –decía a quienes, llevados de un fervor efímero, querían abarcar demasiado a la vez o se empeñaban en cosas difíciles–: la virtud no consiste en prometer o emprender muchas cosas, sino en ser constantes y hacer bien las cosas ordinarias.”

Un Hermano le presentó las resoluciones del retiro. Después de leerlas, le dijo: “¿Qué diría de un niño que quisiera echarse al hombro un peso que apenas podría soportar un hombre de veinticinco años? Pues eso es lo que usted intenta, al menos tal como aquí está escrito. Suprima las tres cuartas partes de sus resoluciones y trate de ser fiel a las demás. Le bastará para ser buen religioso.”

* * *

Velaba atentamente por mantener la regularidad en la comunidad y conseguir que reinase en ella el fervor; ejercitaba en la virtud a los Hermanos y, dado el caso, la sometía a prueba.

Un Hermano magníficamente dotado, y que poseía buenas disposiciones para la virtud, vino a pedirle autorización para comprar un tratado de geometría. “No –le dijo el Padre–, pues quiero que estudie otra materia que le es mucho más necesaria que la geometría: la de la humildad.” Y añadía, mientras tomaba de su biblioteca el tratado *Menosprecio de sí mismo*⁶: “Éste es el libro que le ayudará a adquirirla; léalo atentamente, estúdielo y méditelo durante todo el año. En el próximo retiro presénteme por escrito un resumen de la obra. También me dará cuenta de su adelanto en el conocimiento de sí mismo y en la práctica de la humildad.”

El estudio y la meditación recomendados no fueron inútiles al interesado, y el buen Padre, si no hubiera tenido tanto empeño en la perfección de los Hermanos, se habría

dado por satisfecho con los esfuerzos del Hermano para combatir el orgullo y adquirir la humildad. Pero sabía que tan felices comienzos necesitaban constancia, ya que para consolidar la virtud hay que ejercitarla.

Así pues, no perdió de vista al Hermano y, al enterarse de que en el recreo se había permitido ciertas palabras de vanidad refiriendo los éxitos que había conseguido a lo largo del curso en su clase, le mandó llamar y le dijo: “Se va a encargar de fregar la vajilla; este empleo le caerá maravillosamente. Y le vendría muy bien hacerlo todo el año; procuraré dejarle el mayor tiempo posible. Esmérese en tener todo muy limpio y no rompa nada.” Aunque se trataba de un Hermano Director, le mantuvo en este empleo los dos meses de vacaciones.

Otro Hermano Director, cuya obediencia quiso poner a prueba, estaba trabajando en la huerta. El Hermano responsable de las cuadras se le presentó y le dijo: “Sígueme; el Padre lo llama.” Momentos después, al pasar junto a los servicios, le dice: “El Padre me ha encargado que le diga que baje al pozo negro con esta escalera y que saque el ternero muerto, arrojado allí hace dos días. Yo esperaré aquí a que lo haya sacado y le ayudaré luego a arrastrarlo hasta el río.” Cuando el Hermano Director llegó al fondo de las letrinas y consiguió agarrar al animal en descomposición en medio de las inmundicias, el Hermano encargado de los animales⁷ le gritó: “¡Basta, suéltelo! A mí me encargaron que no le permitiera hacer más. Vuelva a subir y vaya a lavarse, que buena falta le hace.”

A los dos días, el Padre mandó llamar a dicho Hermano Director y le dijo: “Ya sabe que somos muchos y que necesitamos un buen cocinero. He pensado que usted podía desempeñar muy bien este empleo. Vaya, pues, a tomar posesión del cargo. Procure que reine el orden y la limpieza por doquier: desde ahora queda usted encargado de la cocina y sus dependencias.”

Lo dejó en ese empleo durante los dos meses de vacaciones, no porque fuera necesario, sino para ejercitarlo en la humildad, mortificación y obediencia. Unos días más tarde, se topó con él y le dijo:

- ¿Qué ha pensado desde que tiene el oficio de cocinero?

- ¡Ay, Padre! -le respondió el bueno del Hermano-, estoy tan ocupado de la mañana a la noche que no tengo tiempo ni de pensar en otra cosa fuera de mi empleo. Por lo demás, estoy convencido de cumplir la voluntad de Dios al hacer la de usted. Esto me basta; ¿qué más voy a pensar?

El buen Padre quedó encantado de semejante respuesta y con ánimo de redoblar su celo en aquilatar la virtud de sudiscípulo. Conociendo el gran aprecio de que gozaba en el pueblo donde ejercía la enseñanza, y temiendo que se apegase a aquella escuela, simuló durante aquellas mismas vacaciones que iba a cambiarlo. Efectivamente, lo destinó a otra escuela donde todo estaba por hacer y en la que, por consiguiente, iba a pasar muchas privaciones.

Para conocer a fondo sus disposiciones y cerciorarse de que no se quejaría por este traslado, mandó que lo observaran y él mismo lo hizo durante varios días. Cuando vino a pedirle permiso para partir a su nuevo destino, le preguntó el Padre:

- ¿No siente dejar la escuela donde tan a gusto se encontraba?

- Padre -le respondió el Hermano-, no niego que me gustaba la escuela de donde usted me manda salir; pero ante todo quiero obedecerle y cumplir la voluntad de Dios.

- Muy bien -repuso el Padre-; en ese caso prepárese a regresar al lugar donde se hallaba; pues he cambiado de parecer.

El piadoso Fundador quiso también probar la obediencia de otro Hermano Director y medir su docilidad y buen espíritu. Precisamente cuando el Hermano conseguía los

mayores éxitos y las autoridades lo elogiaban unánimemente, le envió un Hermano⁸ con una carta que decía así:

“Querido amigo: Salga inmediatamente y siga al portador de esta carta. No se despi- da de nadie, ni siquiera del señor cura párroco. No pregunte tampoco adónde lo man- dan ni qué quieren de usted: fíese enteramente de la obediencia.”

Dicho Hermano cumplió puntualmente la voluntad de su Superior. Siguió sin rechistar a su guía, que no le informó del lugar de su destino hasta llegar a él, después de dos días de camino. Su nuevo empleo consistía en dar la clase superior bajo la dirección de otro Hermano. Así volvió de nuevo a someterse a la obediencia, después de haber sido Director por espacio de unos diez años⁹.

Dos meses después, un compañero, deseoso de conocer sus sentimientos, le dijo:

– Corre el rumor de que ha sido para usted un sacrificio tremendo volver a ser súbdito, después de haber sido Director diez años. Y añaden que su nueva situación le resulta penosísima y que ha tenido que valerse de toda su virtud para aguantarla.

– No haga caso de los rumores, ni de lo que diga la gente, y no piense que es cierto todo lo que oye.

– Sinceramente, y en confianza, dígame qué sintió en aquel momento y cómo se encuentra en su nuevo puesto.

– Ya que lo desea, se lo diré llanamente. Desde el día que me vi libre de los engorros y responsabilidad de la dirección, rezo cada noche un Te Deum para dar gracias a Dios por haberme otorgado semejante favor. Me encuentro tan feliz obedeciendo, que anhelo y le pido a Dios que me deje así toda la vida. Hay personas, incluso entre religiosos, que no comprenden los deberes de un Hermano Director y desconocen las ventajas y la felicidad de la obediencia; por eso levantan rumores, a los que un buen religioso no debe hacer caso alguno.”

Podríamos traer otros casos parecidos. Basten los aquí referidos para conocer el espí- ritu profundamente religioso de los primeros Hermanos y la prudencia con que el Padre Champagnat ejercitaba su virtud, la fortalecía y desarrollaba, probándola de múltiples formas.



¹ LPC 1, doc. 168, pág. 331. Hermano Denis, Bron, LPC 2, págs. 171-172.

² MEM, pág. 86.

³ Conducta que el P. Champagnat tenía con el Hermano Silvestre (MEM, página 85 y ss.).

⁴ Statistique. AA, pág. 316.

⁵ Lc 16, 10.

⁶ OM 2, pág. 177, ilustración 49.

⁷ El pastor es el Hermano Doroteo (AA, pág. 190). Cfr. LPC 2, pág. 185

⁸ AA, pág. 191.

⁹ “Excepto durante el año 1830, el Hermano Juan Bautista permaneció diez años en Neuville... Hacia 1836 lo volvemos a encontrar en Charlieu, donde había sustituido al Hermano Luis” (Nos Supérieurs, pág. 21). Podría, pues, tratarse del Hermano Juan Bautista.